

Reinterpretación del mito de Cortés desde el Materialismo Filosófico

IVÁN VÉLEZ

INVESTIGADOR ASOCIADO - FUNDACIÓN GUSTAVO BUENO

Recibido: 6 de septiembre de 2016

Aceptado: 5 de octubre de 2016

Abstract: Using the distinction between generator and predatory empires established by Gustavo Bueno, the analysis of some of the myths that revolve around one of the main Spanish conquerors is addressed: Hernán Cortés, a figure strongly questioned since the postulates of the Black Legend. In the present work some of the main myths that have to Cortés as protagonist and that serve as examples to distinguish between luminous and dark myths, the one of the supposed burning of the ships and the one of its identification with Quetzalcoatl, that serves for To expose briefly some aspects of the Philosophy of Religion sustained from the coordinates of Philosophical Materialism.

Key words: Philosophical Materialism; Philosophy of History; mito; Hernán Cortés; Spanish Empire.

Resumen: Empleando la distinción entre imperios generadores y depredadores establecida por Gustavo Bueno, se aborda el análisis de algunos de los mitos que giran alrededor de uno de los principales conquistadores españoles: Hernán Cortés, figura fuertemente cuestionada desde los postulados de la Leyenda Negra. En el presente trabajo se abordan algunos de los principales mitos que tienen a Cortés como protagonista, y que sirven como ejemplos para distinguir entre mitos luminosos y oscuros: el de la pretendida quema de las naves y el de su identificación con Quetzalcóatl, que sirve para exponer someramente algunos aspectos de la Filosofía de la Religión sostenida desde las coordenadas del Materialismo Filosófico.

Palabras clave: Materialismo Filosófico; Filosofía de la Historia; mito; Hernán Cortés; Imperio español.

1. Introducción

“Miren los curiosos lectores si esto que escribo si había bien que ponderar en ello: ¿qué hombres habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen?”. Esta es la pregunta que se hacía Bernal Díaz del Castillo (1492 a 1498-1584) en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1632/2011: 310) al relatar su entrada, junto a los españoles capitaneados por Hernán Cortés, en Tenochtitlán, donde, tras avanzar por la calzada que se abría paso en la laguna, fueron recibidos por Moctezuma. Con su habitual estilo, el soldado de Medina del Campo logra plasmar la inquietud y el temor que atrapaban a la hueste de Cortés al entrar en una ciudad en la que podían encontrar inmensas riquezas, pero también la muerte...

Los años venideros gravitarán alrededor de diversos aniversarios, aquellos que tienen que ver con el cumplimiento de los cinco siglos de una serie de hechos relacionados con Cortés: la llegada a Tierra Firme, la fundación de Veracruz, el encuentro con Moctezuma, la conquista de Tenochtitlán... motivos más que suficientes para regresar sobre su figura y volver a tratar a este personaje histórico, los hechos en los que se vio involucrado y la transformación que experimentó con el paso del tiempo. Por todo ello, es probable que Cortés vuelva a protagonizar trabajos de lo más variado, sin que se pueda descartar que nuevos documentos afloren de los archivos proporcionando más materiales que permitan completar o matizar alguno de los aspectos que lo envuelven. En cualquier caso, el de Medellín es ya un mito a la altura de muchos otros hombres de armas y gobierno de escala universal. Esta condición mítica nos obliga a tratar en relación con eso que se conoce como “mito,” razón por la cual recurriremos a la distinción ofrecida por el fundador del Materialismo Filosófico, Gustavo Bueno (2003), entre mitos oscuros y mitos luminosos.

2. Geneología materialista del mito

Siguiendo a Bueno, entenderemos el mito en un sentido filosófico por entender que este lleva aparejado “algún tipo de logos, alguna razón de ser, en función de sus servicios prácticos (políticos, didácticos, ideológicos, gnoseológicos...)” (Bueno, 2003: 27). Hecha esta primera aproximación, demos la palabra al filósofo español:

Y si el *mito* es ya un *logos*, se debe a que el mito es, ante todo, una construcción lingüística, y por tanto una construcción sometida al lo-

gos, o *lógica*, del lenguaje. Ésta es la razón por la cual ni los babuinos ni los chimpancés pueden fabricar mitos, es decir, la razón por la cual carecen de “fantasía mitopoyética” (aunque tengan, sin duda, alucinaciones o pseudopercepciones capaces de producirles terror). El mito es una construcción lingüística, que presupone ya un lenguaje de palabras “de primer orden,” llamémosle prosaico. Un lenguaje gramaticalizado que lleva adelante funciones expresivas y apelativas en las cuales están “embebidas,” sin duda, ciertas funciones representativas; invenciones protomíticas, como las que puedan atribuirse al mero hecho de expresar el movimiento con consonantes vibrantes, o señalar apelativamente a lo que es grande con palabras que contienen la vocal “a,” y a lo que es pequeño con palabras que contienen la vocal “i” (Bueno, 2003: 123).

De hecho, el mito de Quetzalcóatl, de tanta importancia en relación con el tema que nos ocupa, parece verse aludido en esta nueva matización:

El mito compone una representación sobreañadida al campo real, al cual ha de ir referido directa o indirectamente; por ello el mito aparece con ese coeficiente de meta-realidad (ya sea inferior, ya sea superior a la realidad) en virtud del cual quien *cuenta* el mito puede saber, aunque no siempre lo advierta, que no está moviéndose en el terreno inmediato y perentorio al que se refiere el lenguaje prosaico de primer orden. Por ello, el mito se cuenta en voz baja (con la boca pequeña, susurrante: *mito* está relacionado con *myo*, vinculado a *mutus*, mudo) o con voz en falsete (la voz propia de los sacerdotes en el ejercicio de su oficio, o de los políticos en el mitin) (Bueno, 2003: 14).

Por otro lado, ¿cómo no evocar a Moctezuma, emperador y sumo sacerdote mexica, capaz de relacionar la llegada de Cortés con el dios aludido, al leer las siguientes palabras?:

Mito es pues, sencillamente, un relato representativo que no tiene evidencia inmediata, que supone una reelaboración de las evidencias inmediatas y que, por tanto, se distancia de ellas (Bueno, 2003: 14).

En efecto, sólo una reelaboración del relato del regreso de Quetzalcóatl, un hombre blanco barbado llegado desde el Este con el propósito de recuperar su trono, permite su encaje y su identificación en un tiempo concreto, por más que la fisonomía descrita en la narración sea borrosa.

Esbozadas las líneas maestras de lo que entendemos como mito, habrá que establecer alguna clasificación dentro del género de los mitos, marcados por los denominadores comunes ya citados. En este sentido, Bueno distingue entre mitos luminosos, mitos oscurantistas y mitos ambiguos, diferenciados por sus efectos. Veamos:

1) El efecto de los mitos luminosos, esclarecedores (como pueda serlo el mito de la caverna de Platón.

2) El efecto de los mitos oscurantistas y confusionarios. Es el efecto de aquellos mitos que en lugar de contribuir a una explicación científica o filosófica del campo, o a una forma de conducta práctica viable, distorsionan el campo y estorban esa explicación o la bloquean. Como ejemplo de mito oscurantista podríamos tomar el mito de la creación de Adán a partir del barro, así como el mito de la creación de Eva a partir de la costilla de Adán (Bueno, 2003: 15).

Al margen del citado, Bueno añade como ejemplo de mito oscurantista el de la torre de Babel, acompañado de otros muchos del Antiguo Testamento, así como las utopías políticas —y no hemos de olvidar que algunas de ellas crecieron al calor del descubrimiento del Nuevo Mundo— por su imposible realización.

Hecha la distinción fundamental entre mitos luminosos y oscurantistas, la clasificación se completará con los mitos ambiguos:

3) Los efectos de los mitos ambiguos o claroscuros, que son aquellos que admiten interpretaciones opuestas; lo que quiere decir que ahora los mitos dependen antes del criterio no mítico del intérprete que del relato mítico por sí mismo. El mito de los tres anillos de Nathan *el Sabio*, de Lessing, podría considerarse como un mito ambiguo (Bueno, 2003: 16).

3. Cortés conquistador y civilizador

Como ya habrá adivinado el lector, la dificultad a la que habremos de enfrentarnos es la ubicación de Cortés en alguno de estos tres conjuntos de mitos. Tal propósito obliga a manejar parámetros siempre cuestionados en función del prisma ideológico propio de un ejercicio de Filosofía de la Historia como el que exige el tratamiento de una figura a menudo identificada con la propia idea de la España, de la España imperial. Por adelantar nuestra conclusión, la luminosidad del mito de Cortés vendrá dada por haber sido el fundador de una sociedad

integrada en un imperio universal de aliento civilizador¹ capaz de erradicar prácticas propias de la barbarie, una sociedad precursora de los actuales Estados Unidos Mexicanos, en absoluto identificables con el imperio de Moctezuma.

Por otro lado, Cortés puede también ser visto, algo que ya se ha hecho en innumerables ocasiones, como un héroe que podremos insertar no sólo en la larga lista de conquistadores españoles, sino en la restringida nómina de héroes universales junto a Alejandro o César, dado su talento militar y político, desplegado a una escala similar a la de tan distinguidos personajes, y compartiendo atributos, propios o atribuidos, con estos. En efecto, a pesar de que es con Julio César con quien más se ha comparado a Cortés, la semejanza con los hechos protagonizados por Alejandro es de especial interés por cuanto el ortograma del macedonio, llegar a los confines del mundo, en lugar de detenerse en un *limes* conocido, pueden ponerse en consonancia con los del Imperio español, que tenía como divisa *El mundo no es suficiente*. Para Cortés, el mundo mexica tampoco fue suficiente, pues tras el sometimiento de Tenochtitlán no se detuvo. Después de la caída definitiva de la ciudad, emprendió su fallida expedición a Las Hibueras, en las que trataba de encontrar un paso al Pacífico, idea que ya estaba incorporada en su primer viaje, cuando la península de Yucatán se creía una isla. La idea de encontrar un paso hacia China venía en gran medida inspirada por lo ocurrido en la expedición de Grijalva que precedió a la de Cortés. En ella, el piloto Alaminos creyó haber encontrado dicho paso en lo que llamó Boca de Términos, lo que, a su parecer, confirmaba la insularidad del Yucatán. Al cabo, las tierras que pisaron los españoles, no en vano llamadas Las Indias, se interponían ante el límite del componente asiático, buscado históricamente por los españoles para pillar al turco por la espalda y tratar de extender la fe católica en un planeta cuya esfericidad se verificaría poco después gracias a Elcano y su viaje circunnavegatorio.

Tales paralelismos con Alejandro o Julio César tienen además una común característica: el ánimo civilizador que en el caso del español tendrá una realización física y normativa, con la fundación de ciudades y la redacción de ordenanzas urbanísticas, apoyadas en el hipodámico trabajo del “jumétrico” Alonso García Bravo. Todo ello venía a completar el modo hispánico que se completó, por ejemplo, con la introducción de instituciones como la escribanía en 1524, la

¹ La distinción entre imperio generador e imperio depredador la establece y ejerce Gustavo Bueno en su obra *España frente a Europa* (1999).

imprensa en 1539 y la universidad en 1553. La actitud civilizatoria cortesiana podemos percibirla desde el mismo inicio de su presencia en el continente, como prueba la fundación de la villa de Veracruz al constituirse allí el primer cabildo continental del que emergería un Cortés investido de los atributos necesarios para poder adentrarse en la tierra mexicana. Tal fundación supuso una ruptura definitiva con el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, y una vinculación directa con la Corte, a la que se da cuenta de lo acaecido con la mayor celeridad. Mientras sus emisarios viajan a España con los documentos, Cortés trabará contacto con diversos caciques y tratará de entrevistarse con Moctezuma, hecho que finalmente tuvo lugar el 8 de noviembre de 1519 en Tenochtitlán, tres días antes de que Portocarrero y Montejo lleguen a Sevilla con el presente y las cartas para el Emperador Carlos, que se llevará a Bruselas los tesoros, dando a conocer a Cortés en Europa gracias a unos fabulosos objetos que sirvieron para alimentar la imaginación de quienes los contemplaron.

4. Cortés evangelizador y las Leyes de Indios

En estas circunstancias, la posibilidad de que el emperador Carlos hiciera realidad el proyecto de Universitas Christiana, acariciado por el obispo de Badajoz, Pedro Ruíz de Mota (¿?-1522), parecía posible con la ampliación de sus dominios en ese Nuevo Mundo del que comenzaban a llegar deslumbrantes presentes y en el que se adivinaba la existencia de una multitud de nuevos súbditos del poder terrenal y aun del celestial, por cuanto era de prever que abandonarían sus bárbaros credos para abrazar la fe católica por la que batallaba Carlos I de España.

En este objetivo evangélico, Cortés es la principal herramienta, a veces vista como mero instrumento de la Providencia, para introducir el modelo católico. Un modelo cuyo modo de implantación fue objeto de una enorme polémica suscitada en los tiempos inmediatamente posteriores a la conquista. La importancia de Cortés, el momento en que su figura comienza a agigantarse, tiene que ver con su profundo despliegue continental, dado que nada más llegar a las costas quedará confirmado el elevado grado civilizatorio de las sociedades que allí se asentaban. Ello obligará al español a ir modificando su manera de actuar en función de las sociedades con las que tomó contacto. Modificaciones que también tuvieron eco en el ámbito cortesano español con la aprobación de sucesivas legislaciones que pretendían ordenar la presencia española en América y la compleja relación con sus naturales. Leyes, pensemos en las de Burgos de 1512, que resultaban

de la conjugación de objetivos políticos y religiosos, cuyo objetivo era tratar de imponer un orden que evitara excesos y violencias como los denunciados por fray Antonio de Montesinos en su sermón de diciembre de 1511. En cuanto a la acción de Cortés, dejando al margen por un momento su énfasis en cuanto a la implantación de la fe católica, se observa en ella una continua incorporación de rectificaciones estratégicas que tendrán como fruto la cimentación de una política de pactos que nos remiten a lo ocurrido en la Península durante la Reconquista. El propio Cortés lo explicita en su *Segunda Relación* (1520) al decir que a los indios se les requiere ser fieles y súbditos incluso para protegerse de sus enemigos: los mexicas.

Hernán Cortés, como muchos han señalado, bebe de fuentes medievales,² lo que se traduce en su ofrecimiento de una protección que incluirá la implantación de la fe católica y exigencia de la erradicación de prácticas como la antropofagia, los sacrificios humanos o la sodomía. Mediante la política de pactos, los indios se incorporarán, en diferentes grados de homologación, al Imperio español, en el que se conservaron muchas estructuras, lo que es tanto como decir, y somos conscientes de lo polémico de la afirmación, que estas sociedades se incorporaron así a la Historia.

Esta protección jurídica otorgada por Cortés tuvo importantes consecuencias. En efecto, el Derecho Internacional deberá mucho al conquistador español, quien veinte años antes de que Francisco de Vitoria expusiera sus tesis en su *Relectio de Indis*, ya había establecido alianzas con los indios de Cempoala y Tlaxcala. El propio Vitoria así lo dice al concluir su primer título, diciendo que: “este es el primer título, por el que los españoles pudieron ocupar las provincias y principados de los barbaros.” En definitiva, los materiales extraídos de la experiencia de Cortés nutrirán a los teólogos de la Escuela de Salamanca, cuyos debates cristalizarán en las Ordenanzas para nuevos descubrimientos y poblaciones dictadas por Felipe II en 1573.

5. Cortés y la Leyenda Negra

Todo lo expuesto da suficientes muestras de la formación humanística, de raíces hispanas y clásicas, de muchos de los conquistadores, entre ellos singularmente Cortés. Atributos que trazan un rostro muy diferente al que les otorga la Leyenda Negra (Vélez, 2014). Ello no ha impedido que Cortés sea presentado como un sujeto en el que con-

² Véanse, por ejemplo, Frankl (1962) o Demetrio (1992).

curren muchos de los principales componentes negrolegendarios: avaricia, lascivia, violencia, crueldad, fanatismo religioso.

Figura representativa del Imperio español en su fase de conquista, Cortés, no obstante, irá adquiriendo perfiles polémicos provenientes de su propia actividad al menos en dos sentidos. Por un lado, el derivado del descontento de sus hombres al observar los magros resultados obtenidos tras la conquista y, ya en otra escala, la sospecha, desde las altas instancias, de que pudiera a llegar a “alzarse con la tierra.” Ambas cuestiones empañarán durante un tiempo su figura, sin llegar a eclipsarla, pues su aura heroica se mantendrá y será cantada por Lope o Cervantes. Cortés caerá en desgracia coincidiendo con el proceso de transformación del Imperio español, que dará como fruto la cristalización de un conjunto de sociedades políticas, el de las naciones hispanas. En tal contexto emancipatorio, el hombre que comenzó la totalización de la Nueva España de la que surgiría México, se convertirá, por mor de los intereses criollos y clericales, hábiles instrumentalizadores de cierto tipo de indigenismo, en una figura despreciada. Si esto ocurría y ocurre en México, Hernán Cortés se convertirá en un señalado símbolo de España, lo que le acarreará el odio de muchos de los cultivadores de la Leyenda Negra a ambos lados del Atlántico. Sirva como prueba de ello el poema debido al alemán Heine (1797-1856), para el cual Cortés era un “capitán de bandidos,” que así es calificado el español en su poema *Vitzliputzli*, publicado en 1851:

En su cabeza llevaba el laurel
y en sus botas brillaban espuelas de oro.
Y sin embargo, no era el héroe,
ni era tampoco un caballero.
No era más que un capitán de bandoleros,
que con su insolente mano
inscribió en el libro de la fama
su nombre insolente: ¡Cortés!

Mas si esta es la visión más generalizada, la de Cortés como ejemplo de la Leyenda Negra, diversos aspectos de su vida han servido para construir una serie de mitos de los que nos ocuparemos brevemente, en especial el relacionado con el regreso de Quetzalcóatl.

6. Cortés Quetzalcóatl

La identificación de Cortés con Quetzalcóatl, y por extensión, la condición divina de los españoles, siempre desde la perspectiva de los indígenas del Anáhuac que compartían panteón, es un argumento muy arraigado empleado con frecuencia para explicar la facilidad con la que los españoles pudieron hacerse con tan vastos territorios poblados por pueblos en un apreciable estado civilizatorio. Según esta tesis, el fanatismo religioso de tales sociedades habría producido una parálisis primero, y un entreguismo después, que habría dejado el camino expedito para unos seres sobrenaturales, los blancos barbados, que sólo así podrían haber dominado con tanta rapidez tales estructuras políticas. Esta es, a grandes rasgos, una de las explicaciones más populares en relación con el fulgurante éxito de Cortés.

Y si Cortés supo aprovechar tal identificación, el principal responsable de la pretendida falta de resistencia por parte de los mexicas es Moctezuma, por aunar en su persona atributos políticos pero también sacerdotales, al haber estado vinculado al culto a Huitzilopochtli antes de convertirse en *huey tlatoani* o portavoz supremo con atribuciones políticas, religiosas y militares. La cuestión no es en absoluto sencilla, ni puede negarse la confusión en la que se vio envuelta la llegada del conquistador que venía del Oriente. Sin embargo, y ya adelantamos nuestra conclusión, el propio comportamiento de Cortés fue despojándole de los atributos religiosos que favorecieron inicialmente su identificación con un Quetzalcóatl que regresaba para dar cumplimiento a su promesa o incluso con su enviado.

La primera aproximación a la leyenda de Quetzalcóatl nos dice que quien debía regresar era un dios blanco y barbado, denominador común de los españoles que llegaron a las costas americanas.

En este sentido, la confusión bien pudo darse el 2 de agosto de 1502, cuando Cristóbal Colón apresó a 25 ocupantes de una gran canoa, arrebatándoles efectos mexicas como camisas del algodón o macanas... A Cristóbal Colón le sucedieron Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís. Dada la eficaz red de informadores de la que se disponía en Tenochtitlán, bien pudo producirse una inicial identificación de estos españoles con el dios. A este primer contacto hemos de sumar la prolongada presencia en aquellas tierras de Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar tras su naufragio en Cozumel en 1511. Los españoles, supervivientes a sus compañeros sacrificados, convivieron con los naturales durante años y pudieron exhibir sus virtudes y humanas flaquezas. En relación con Guerrero, su grado de

integración con los indígenas queda probado no sólo por la renuncia que hizo de incorporarse a la hueste de Cortés, sino porque, según se sospecha, pudo adiestrar militarmente a los indios que acometieron a Hernández de Córdoba. Como detalle adicional de estos contactos, añadiremos que el propio Moctezuma atesoraba una espada y unos ropajes españoles antes de que Cortés llegara. Así lo afirma Gómara a propósito de los malos augurios, probablemente reconstruidos de manera retrospectiva, que gravitaron sobre los mexicas antes de su caída:

Poco antes que Fernando Cortés llegase a la Nueva-España, apareció muchas noches un gran resplandor sobre la mar por do entró; el cual parecía dos horas antes del día, subía en alto y deshacíase luego. Los de México vieron entonces llamas de fuego hacia oriente, que es la Veracruz, y un humo grande y espeso que parecía llegar al cielo, y que mucho los espantó. Vieron eso mismo pelear por el aire gentes armadas, unas con otras; cosa nueva y maravillosa para ellos, y que les dio qué pensar y qué temer, por cuanto se platicaba entre ellos cómo había de ir gente blanca y barbuda a señorear la tierra en tiempo de Moteczuma. Entonces se alteraron mucho los señores de Tezcuco y Tlacopan, diciendo que la espada que Moteczuma tenía era las armas de aquellas gentes del aire, y los vestidos el traje; y tuvo él harto que aplacarlos, fingiendo que aquellas ropas y armas fueron de sus antepasados, y porque lo creyesen hizo que probasen a quebrar la espada; y como no pudieron o no supieron, quedaron maravillados y pacíficos.

Parece ser que ciertos hombres de la costa habían poco antes llevado a Moteczuma una caja de vestidos con aquella espada y ciertos anillos de oro y otras cosas de las nuestras, que hallaron a orillas del agua, traídas con tormenta (López de Gómara, 1552/2007: 278- 279).

En 1517 se organizó un viaje auspiciado por Diego Velázquez, capitaneado por Francisco Hernández de Córdoba y con Antonio de Alaminos como piloto. Durante este accidentado viaje se produjeron muertes e incluso sacrificios de españoles, hechos que obrarían a favor de despejar la duda a propósito de su divinidad.

Si en Tierra Firme quedaron españoles, fruto de estos viajes los indios Melchorejo y Julianillo también cayeron en manos hispanas. Por el lado indígena, y dada la existencia de la red de espías que Moctezuma tenía desplegada, cabe sospechar de las tempranas noticias que se tuvieron en Tenochtitlán a propósito de la llegada de hombres blancos al litoral. De hecho, todo parece indicar que, sobre todo desde la

llegada de Grijalva, Moctezuma había enviado informadores a la costa que muy pronto tomaron contacto con Cortés.

Tras estos naufragios, en primavera de 1518 un hombre informa en Tenochtitlán de la llegada de “una sierra o cerro grande que andaba de una parte a otra,” refiriéndose a los barcos de Grijalva. Moctezuma lo enviará de nuevo a la costa acompañado de Cuitlalpítoc, siendo recibidos por el calpixque Pinotl. Los españoles fueron vistos pescando, de lo cual fue informado Moctezuma, quien ordenó que la costa fuera vigilada mientras se elaboraban regalos para los extraños visitantes. Días después, sus emisarios se dirigieron, montados en canoas, a los barcos, llevando mantas y alimentos, a lo que los españoles correspondieron con galletas, pan, cuentas de vidrio y vino. Parte de los alimentos fueron llevados al templo de Quetzalcóatl en Tula, mientras las cuentas se enterraron en el altar de Huitzilopochtli, en Tenochtitlán (Hugh, 1994: 78).

Antes de introducir en escena a Cortés, conviene hacer un alto y fijarse en la leyenda de Quetzalcóatl a la que, al parecer, se ajustaría el conquistador en vez de sus predecesores, acaso por la determinación con la que actuó. Por lo que respecta a la leyenda de Quetzalcóatl, hermano gemelo de Xólotl, todo parece indicar que el fondo de la misma parece recortarse sobre un personaje delineado según los patrones del evemerismo, pero también sobre los sinuosos trazos de un Quetzalcóatl que tiene los atributos de una deidad zoomorfa, la serpiente emplumada, que se proyectará sobre la bóveda celeste en Venus. La serpiente experimentará un cambio de piel que puede interpretarse como una metáfora de la resurrección o de un renacimiento cíclico.

En cuanto al Quetzalcóatl de formas humanizantes, con el que Cortés llega a confundirse, dicha apariencia puede también venir ligada a un proceso de metonimia, dado que los sacerdotes del culto a tal deidad solían ir ataviados con sus atributos, resultando también depositarios de tal nombre y aportando a su vez materiales para la confección del personaje mítico. De modo aún más genérico, hemos de decir que a menudo los sacerdotes, tanto los consagrados a Huitzilopochtli como los que se dedicaban a Tláloc, se llamaban a sí mismos Quetzalcóatl. Ese Quetzalcóatl humanizado y antropomórfico que en la narración legendaria dota a los hombres de herramientas y saberes, incluido el fuego, el maíz, la agricultura, etc. Incluso es precursor de las dinastías gobernantes, dato relevante toda vez que los mexicas habían fundado Tenochtitlán en fechas relativamente cercanas, desplazando a otros pueblos. Quetzalcóatl, por último, será un sabio y virtuoso sacerdote,

atributos linderos con los de un santo cristiano, características que no pasarán inadvertidas para los representantes de la Iglesia. Si, a grandes rasgos, esta es la descripción del mítico Quetzalcóatl, su figura iba unida a la promesa del regreso a su tierra, retorno que Cortés conocerá, como se puede advertir en su *Segunda Carta*, si bien Las Casas, siempre atento a las acciones de Cortés, será el primero en negar las palabras de Moctezuma, tratando de yugular la legitimidad de la transmisión que Moctezuma hace del poder mexica en beneficio del español.

Pese al discurso pronunciado por Moctezuma al tener enfrente a Cortés, el emperador mexica había opuesto numerosos obstáculos a la llegada del nuevo visitante a la ciudad. Trabas que llegaban al ofrecimiento de generosos tributos para el Emperador, el propio Cortés e incluso su hueste, en un errático tanteo que hace dudar de a quién veía como el dios regresado.

Antes de que todo esto ocurriera en el corazón del Anáhuac, los hechos en los que participó Cortés ya le habían distanciado de la figura del dios barbado. Los españoles eran humanos, como bien pudieron comprobar los tlaxcaltecas tras lanzar sobre ellos un ataque nocturno encabezado por Xicoténcatl *el Mozo* (1484-1521) a la cabeza de tropas otomíes. La supersticiosa lógica de este ataque respondería al hecho de que los supuestos hijos del Sol perderían la protección del astro cuando este estuviera oculto, es decir, de noche. La actitud de los tlaxcaltecas rebeldes puede ponerse en consonancia con el mito de los hombres divinos, sin embargo, muchos son los que niegan tal posibilidad, explicando la nocturnidad por motivos más prosaicos. Así lo hace Carlos Pereyra, que considera que la búsqueda de la noche venía aparejada a cuestiones puramente tácticas:

Acaso, como hijos del Sol, no podrían ser vencidos mientras su padre los protegiera. Necesario era probar fortuna de noche. Esta explicación se ha dado, por la leyenda, al ataque nocturno que preparaba Shiconténcatl, y que tal vez no fue aconsejado por los sacerdotes, sino por prudente reflexión sobre las causas naturales de tantas derrotas. La sorpresa era el último recurso á que apelaban los tlascaltecas (Pereyra, 1916: 191).

Paralelamente, el propio Cortés rechazó su condición divina, que si incorporaba muchas ventajas estratégicas, suponía pasar por trances inadmisibles —antropofagia, sacrificios humanos— para un cristiano. Los hechos siguieron la siguiente secuencia:

Tras las escaramuzas, Cortés recibió como obsequio a unas mujeres para que pudiesen ser sacrificadas y comidas por los españoles, demostrando de tal manera que eran dioses. La alternativa era alimentarse de las gallinas, pan y fruta que les ofrecieron los indígenas, dando así a entender que se trataba de hombres. El español rechazó la primera propuesta y dejó claro que era el representante de su emperador, a cuya obediencia se debían sujetar los naturales del mismo modo que él lo estaba. Podemos, no obstante, suponer que la idea de un Quetzalcóatl que regresaba quedaba intacta si entendemos que los indígenas podían ver a ese lejano Carlos como al dios del cual Cortés era la avanzadilla...

La declaración de Cortés en la cual se reclama humano, la recoge Tapia de este modo:

Tres o cuatro días antes desto, habían venido ciertos indios al real, e traído al marqués cinco indios, diciéndole: “Si eres dios de los que comen sangre e carne, cómete estos indios, e traerte hemos más; e si eres dios bueno, ves aquí incienso e plumas; e si eres hombre, ves aquí gallinas e pan e cerezas.” El marqués siempre les dicie: “Yo e mis compañeros hombres somos como vosotros; e yo mucho deseo tengo de que no me mintáis, porque yo siempre os diré verdad, e de verdad os digo que deseo mucho que no seáis locos ni peleéis, porque no recibáis daño.”

Algo después el propio Tapia pone estas palabras en boca de un indio llamado Teuche que sabe de la condición humana de los españoles, a los que advierte de que si continúan adelante morirán en manos de los mexicas:

“Señor, no te fatigues en pensar pasar adelante de aquí, porque yo siendo mancebo fui a Mexico, y soy experimentado en las guerras, e conozco de vos y de vuestros compañeros que sois hombres e no dioses, e que habéis hambre y sed y os cansáis como hombres; e hágote saber que pasado desta provincia hay tanta gente que pelearán contigo cient mill hombres agora, y muertos o vencidos éstos vendrán luego otros tantos, e así podrán remudarse e morir por mucho tiempo de cient mill en cient mill hombres, e tú e los tuyos, ya que seáis invencibles, moriréis de cansados de pelear, porque como te he dicho, conozco que sois hombres, e yo no tengo más que decir de que miréis en esto que he dicho, e si determináredes de morir, yo iré con vos.” El marqués se lo agradeció e le dijo que con todo aquello quería pasar delante, porque sabía que Dios que hizo el cielo y la tierra les ayudaría, e que así él lo creyese.”

Por lo que a nosotros respecta, entendemos que la confusión no pudo sostenerse mucho tiempo, pues en su avance Cortés mostró su vulnerabilidad. En todo momento Moctezuma estuvo informado de la llegada de los españoles. Por otro lado, pronto murieron hombres y caballos, mientras que el propio Cortés trataba cuerpo a cuerpo con los naturales, detalles que sin duda los informadores *calpixes* trasladaron a un Moctezuma que, por otra parte, le envió los atavíos de las deidades. De varias de ellas, no las exclusivas de Quetzalcóatl.

En relación con el popular asunto de los caballos, conviene detenerse, pues es bien sabida la asentada idea de que los indígenas percibían a caballo y jinete como un todo, dando lugar a una suerte de centauros. Antonio Solís emplea tal vocablo en su *Historia de la conquista de México* al hablar de la batalla sostenida por los españoles con los indios de Tabasco:

Hizo Hernán Cortés posible la victoria rompiendo con sus caballos la batalla del ejército enemigo: acción en que lucieron igualmente las manos y el consejo del capitán, siendo tanto el discurrirlo antes, como el ejecutarlo después; y no se puede negar que tuvieron su parte los mismos caballos, cuya novedad atemorizó totalmente a los indios, porque no los habían visto hasta entonces, y aprendieron con el primer asombro que eran monstruos feroces, compuestos de hombre y bruto, al modo que, con menor disculpa, creyó la otra gentilidad sus centauros (Solís, 1684/1970: 123).

Esta imagen también quedaría muy pronto quebrantada, pues durante el primer enfrentamiento entre los españoles y los tlaxcaltecas, estos mataron a dos caballos. Poco después moriría en otro combate la yegua propiedad de Núñez Sedeño, cuyos cuartos serían exhibidos, yendo sus herraduras a constituir ofrendas a la deidad Camaxtle.

Todos estos datos, junto a los obtenidos en el transcurso de entrevistas de carácter diplomático con personajes interpuestos, así como las trabas que Moctezuma puso para impedir que llegara a Tenochtitlán, pueden interpretarse no en clave religiosa sino política. Prueba de ello es el hecho de que Moctezuma ofreciera pagar tributos, institución que contribuye a desdibujar la dimensión divina de Cortés. La confusión, o esa suerte de juego político-religioso que propuso Moctezuma, continuó todo el tiempo que fue posible.

A todo lo ya descrito ello hemos de añadir la polisemia del término “teul,” aplicado a los españoles, que algunos traducen como “inmortales,” mientras otros prefieren darle el significado de “señores.”

El propio Aguilar se hace eco de tal vocablo en su “Quinta Jornada”: “Teníanos por hombres inmortales y llamábannos teules, que quiere decir dioses.”

La situación se mantuvo en ese equilibrio inestable hasta la llegada de Cortés y su hueste a Tenochtitlán, con el ceremonioso encuentro con Moctezuma como punto de arranque de una extraña relación. Las fuentes indígenas presentan a un reverencial Moctezuma que ve en Cortés a un Quetzalcóatl que regresa a recuperar su sitio. Los informantes de Fray Bernardino de Sahagún describieron de este modo las palabras del emperador mexica al encontrarse con Cortés:

Señor nuestro: te has fatigado, te has dado cansancio: ya a la tierra tú has llegado. Has arribado a tu ciudad: México. Aquí has venido a sentarte en tu solio, en tu trono. Oh, por tiempo breve te lo reservaron, te lo conservaron, los que ya se fueron, tus sustitutos.

Los señores reyes, Itzcoatzin, Motecuhzomatzin el Viejo, Axayácatl, Tizoc, Ahuítzotl. Oh, que breve tiempo tan sólo guardaron para ti, dominaron la ciudad de México. Bajo su espalda, bajo su abrigo estaba metido el pueblo bajo.

¿Han de ver ellos y sabrán acaso de los que dejaron, de sus pósteros?

¡Ojalá uno de ellos estuviera viendo, viera con asombro lo que yo ahora veo venir en mí!

Lo que yo veo ahora: yo el residuo, el superviviente de nuestros señores.

No, no es que yo sueño, no me levanto del sueño adormilado: no lo veo en sueños, no estoy soñando...

¡Es que ya te he visto, es que ya he puesto mis ojos en tu rostro!...

Ha cinco, ha diez días yo estaba angustiado: tenía fija la mirada en la Región del Misterio.

Y tú has venido entre nubes, entre nieblas.

Como que esto era lo que nos habían dejado dicho los reyes, los que rigieron, los que gobernaron tu ciudad:

Que habrás de instalarte en tu asiento, en tu sitio, que habrías de venir acá...

Pues ahora, se ha realizado: ya tú llegaste, con gran fatiga, con afán viniste.

Llega a la tierra: ven y descansa; toma posesión de tus casas reales; da refrigerio a tu cuerpo.

¡Llegad a vuestra tierra, señores nuestros! (León-Portilla, 1982: 204).

Sin embargo, insistimos, la relación entre el mexica y el español se fue vaciando de contenidos divinos, a lo que hemos de añadir el gran interés que Cortés tenía en atraer a la fe católica a Moctezuma, alejándolo de sus creencias. Por otro lado, no hemos de descartar de forma terminante que Moctezuma realizara tan hospitalario recibimiento como parte de una estrategia que concluyese con el ataque final a los españoles dentro de una ciudad de tan difícil escapatoria como Tenochtitlán. En cuanto a la insistencia mostrada por Cortés para que Moctezuma se convirtiera en cristianismo, es ilustrativa la escena de su visita a los adoratorios:

Señor Montezuma, no sé yo cómo un tan gran señor e sabio varón, como vuestra merced es, no haya colegido en su pensamiento cómo no son estos vuestros ídolos dioses, sino cosas malas, que se llaman diablos. Y para que vuestra merced lo conozca y todos sus papas lo vean claro, hacedme una merced: que hayáis por bien que en lo alto de esta torre pongamos una cruz e en una parte destos adoratorios, donde están vuestros Huichilobos y Tezcatepuca, haremos un apartado donde pongamos una imagen de Nuestra Señora (la cual imagen ya el Montezuma la había visto) y veréis el temor que dello tienen estos ídolos que os tienen engañados (Díaz del Castillo, 1632/2011: 336-7).

Otro momento nos interesará particularmente: la reunión que mantiene Moctezuma con las personas principales de sus dominios para comunicarles su sometimiento a los españoles. Allí de nuevo aflorará la leyenda de sus labios.

Y diré que en la plática que tuvo el Montezuma con todos los caciques de toda la tierra que había mandado llamar, que después que les había hecho un parlamento, sin estar Cortés ni ninguno de nosotros delante, salvo Orteguilla el paje, dicen que les dijo que mirasen que de muchos años pasados sabían por muy cierto, por lo que sus antepasados les habían dicho, e así lo tiene señalado en sus libros de cosas de memorias, que de donde sale el sol habían de venir gentes que habían de señorear estas tierras y que se había de acabar en aquella sazón el señorío y reino de los mexicanos, e que él tiene entendido, por lo que sus dioses le han dicho, que somos nosotros. E que se lo han preguntado a su Huichilobos los papas que lo declaren, y sobre ello les hacen sacrificios y no quieren respondelles como suelen. Y lo que más le da a entender el Huichilobos es que lo que les ha dicho otras veces aquello da ahora por respuesta, e que no le preguntasen más. E que así que bien dan a entender que demos la obediencia al rey de Castilla, cuyos

vasallos dicen estos teules que son, y porque al presente no va nada en ello, y, el tiempo andando, veremos si tenemos otra mejor respuesta de nuestros dioses; y como viéramos el tiempo, así haremos. “Lo que yo os mando y ruego que todos de buena voluntad, al presente, se la demos e contribuyamos con alguna señal de vasallaje, que presto os diré lo que más nos convenga, y porque agora soy importunado a ello por Malinche, ninguno los rehúse. E mirá que en diez y ocho años que ha que soy vuestro señor, siempre me habéis sido muy leales, e yo os he enriquecido e ensanchado vuestras tierras e os he dado mandos e hacienda. E si agora al presente nuestros dioses permiten que yo esté aquí detenido, no lo estuviera, sino que ya os he dicho muchas veces que mi gran Huichilobos me lo ha mandado.” E desque oyeron este razonamiento, todos dieron por respuesta que harían lo que mandase, y con muchas lágrimas y sospiros, y el Montezuma mucha más.

E luego envió a decir con un principal que para otro día darían la obediencia y vasallaje a Su Majestad, que fueron en ---- días del mes de ---- de mil e quinientos y diez y nueve años (Díaz del Castillo, 1632/2011: 375-6).

Cabe preguntarse por el significado de las lágrimas que recorrieron las mejillas de Moctezuma. Es significativo el hecho de que, al reproducir las palabras de Moctezuma, Bernal no cita a Quetzalcóatl sino a Huichilobos. Tan sólo se alude a “gentes que habían de señorear esas tierras,” unas gentes que no tenían por qué ser dioses y que pueden hacernos pensar que Moctezuma lloraba por la pérdida de su imperio a manos de hombres. En este punto puede sin duda aducirse que Díaz del Castillo pudo transcribir mal las palabras del emperador mexica, incluso que no tenía capacidad para entender los antagonismos existentes entre las deidades del Anáhuac y las leyendas en las que se hallaban incluidos. No obstante, un conocedor mucho más profundo de estas religiones y de la situación en la que se encontraba la sociedad mexica como es Miguel León-Portilla, dice lo siguiente en su clásico ensayo *Visión de los vencidos* (México 1959):

Proyectando primero sus viejos mitos, creyeron los mexicas que Quetzalcóatl y los otros teteo (dioses) habían regresado. Pero, al irlos conociendo más de cerca, al ver su reacción ante los objetos de oro que les envió Motecuhzoma, al tener noticias de la matanza de Cho-lula y al contemplarlos por fin frente a frente en Tenochtitlan, se desvaneció la idea de que Quetzalcóatl y los dioses hubieran regresado. Cuando asediaron a la ciudad los españoles, con frecuencia se les llama popolocas (bárbaros) (León-Portilla, 1992: 30).

Los españoles, en suma, no serían dioses, sino invasores humanos, como ya se había encargado de señalar un siglo antes Lucas Alamán al narrar la llegada de los españoles a Tenochtitlán:

Cortés vino desde Tlaxcala por el camino de los Llanos de Apan y Tezcuco. A su entrada en la ciudad no vio por todas partes mas que soledad y silencio, aunque sin encontrar resistencia, probablemente porque los megicanos querían dejarle entrar para hacerle perecer con todos los suyos (Alamán, 1844: 114-5).

Por abundar más en relación con la actitud de Moctezuma hemos de referirnos a su alianza con Pánfilo de Narváez. Esta maniobra permite apreciar mejor la separación que, desde la perspectiva del emperador mexica, se dio entre Quetzalcóatl y Cortés. En efecto, la aparición, también por el Este, de otro barbado blanco que trataba de prender a quien se había recibido de tal modo en Tenochtitlán, debió hacer tambalear la creencia de que se hallaban ante el verdadero Quetzalcóatl, incluso de que se tratase de su verdadero emisario y no ante un suplantador que, por otro lado, se había permitido el exceso de arremeter contra los ídolos.

A esas alturas, ya nadie creía en la divinidad de los españoles, como se pudo comprobar poco después, cuando, tras la Noche Triste, cuenta Bernal cómo, en el avance sobre Tlatelolco, los mexicas, dirigidos por Cuauhtémoc, les arrojaron varias cabezas de españoles, haciéndoles creer —Bernal iba junto a Alvarado— que también habían matado al propio Cortés ya completamente separado de Quetzalcóatl y plenamente mortal. Pese a todo, a principios del siglo XVII la idea de la identificación de Cortés con Quetzalcóatl seguía viva en muchos escritos, si bien Antonio de Solís, en el contexto de los discursos entre Moctezuma y Cortés celebrados en el palacio del emperador mexica, hace afirmar a este:

Algunos han dicho que sois deidades, que os obedecen las fieras, que manejáis los rayos, y que mandáis en los elementos; y otros que sois facinerosos, iracundos y soberbios, que os dejáis dominar de los vicios, y que venís con una sed insaciable del oro que produce nuestra tierra. Pero ya veo que sois hombres de la misma composición y masa que los demás, aunque os diferencia de nosotros algunos accidentes de los que suele influir el temperamento de la tierra en los mortales.

A lo que Cortés contesta tajante:

Mortales somos también los españoles, aunque más valerosos, y de mayor entendimiento que vuestros vasallos, por haber nacido en otro clima de más robustas influencias (Solís, 1684/1970: 224).

Clavijero en su *Historia antigua de México y de su conquista* dice, tras suponer que Moctezuma y su corte pudieran haber creído que Fernández de Córdoba fuese Quetzalcóatl, y en contra de Torquemada, que cuando llega Cortés ya no existía tal creencia (Clavijero, 1844: 10). Pone incluso en boca de Moctezuma, en el contexto de su conversación una vez aposentados los españoles en sus palacios, la negación de la condición divina de los mismos. El emperador descarga esas creencias en sus súbditos, a quienes afirma haber tenido que contentar momentáneamente para evitar disturbios:

Ya se sabe que sois hombres mortales como todos, aunque algo diferentes de los demás, en el color y en la barba (Clavijero, 1844: 45).

Tal y como ya habíamos adelantado, consideramos que el mito del regreso de Quetzalcóatl pudo hacer dudar inicialmente al emperador respecto a quién era ese que había llegado a la costa a bordo de grandes naves. No obstante, y nos apoyamos en las pruebas que hemos presentado, consideramos que tal confusión no pudo mantenerse mucho tiempo y que, al cabo, Moctezuma fue consciente de que su tiempo había pasado tras la llegada de los extranjeros.

Concluiremos diciendo que el mito de Quetzalcóatl es oscuro, pues conduce a una doble distaxia. Por un lado, desde el punto de vista del México actual, es empleado por las facciones hispanóforas e indigenistas, incompatibles con la propia nación política actual. Por otro, el regreso del dios era también disolvente para el propio imperio mexica, pues su llegada suponía la pérdida del poder de Moctezuma o abría el camino a los españoles.

Otros son los mitos que han envuelto a Cortés, señaladamente el de la quema de las naves que nunca llegó a producirse y que es un préstamo clásico que pretendía engrandecer su figura.

7. Conclusión

Los hechos protagonizados por Cortés se sitúan en una encrucijada, la resultante de la conflictiva situación que se vivió en la transición entre la conquista y la implantación del virreinato. Estas circunstancias contribuyeron a su uso, y aún deformación, por parte de afines y detractores, por gentes de la política y de la Iglesia. El paso

del tiempo haría de él una figura ligada a una de las partes formales que han construido el mundo actual: la Hispanidad. Sin embargo, su decisiva contribución a tal proyecto haría de él un representante de la Leyenda Negra. Sirvan estas líneas como modesto intento de deslindar mínimamente al mito del hombre —Hernán, Fernán, Hernando, Fernando— que gustaba de ser llamado Cortés.

Obras citadas

- Alamán, Lucas. *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la Conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la Independencia*. México: Imp. D. José Mariano Lara, 1844.
- Bueno, Gustavo. *España frente a Europa*. Barcelona: Alba, 1999.
- . *El mito de la izquierda*. Barcelona: Ediciones B, 2003.
- Clavijero, Francisco Javier. *Historia antigua de México y de su conquista*. México: Imp. de Lara, 1844.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1632). Madrid: Galaxia Gutenberg, 2011.
- Frankl, Víctor. "Hernán Cortés y la tradición de las Siete Partidas." *Revista de Historia de América* 53-54 (1962): 9-74.
- León-Portilla, Miguel. *Literaturas de Anahuac y del Incaria. La expresión de dos pueblos del Sol*. Madrid: Siglo XXI, 1982.
- León-Portilla, Miguel. *Visión de los vencidos*. México: UNAM, 1992.
- López de Gómara, Francisco. *La conquista de México* (1552). Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 2007.
- Pereyra, Carlos. *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac*. Madrid: América, 1916.
- Ramos, Demetrio. *Hernán Cortés, mentalidad y propósitos*. Madrid: Rialp, 1992.
- Solís, Antonio de. *Historia de la conquista de México* (1684). Madrid: Espasa-Calpe, 1970.
- Thomas, Hugh. *La conquista de México*. Barcelona: Planeta, 1994.
- Vélez, Iván. *Sobre la Leyenda Negra*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2014.

PARTE ABIERTA

